

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 208

Sevilla—Miércoles 10 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

Alejo Villarana

Como el Rayo, que presentamos hace pocos días a nuestros lectores, Alejo Villarana fué un soldado esforzado y un defensor ardiente y constante de la causa de la República, a cuya defensa consagró su existencia entera.

Dentro de unos días hará tres años que falleció, cuando escasamente había cumplido los cincuenta de edad, siendo conducido su cadáver al cementerio civil de Madrid por mandato expreso del difunto, cuyo duelo presidió el señor Murco, acompañado de unos centenares de republicanos madrileños.

Tomó parte activa en los trabajos que precedieron a la Rotación de Septiembre. Acompañado de otros pocos, concurrió a la famosa expedición republicana de 1869, que tuvo por base de operaciones el Monte de Torozos, situado en la parte central de Castilla la Vieja, donde fueron cazados conejos, gracias a una traición.

Cuando la famosa coalición carlo-radical-republicana contra el ministerio Sagasta (1872), él y otros pocos se pronunciaron en el barrio de Chamberí (Madrid) contra aquel contubernio, y en una famosa sesión, que duró treinta horas, hizo verdadero asedio de su amor a la República y a las instituciones democráticas, condenando a la faz del país el mal paso del partido republicano.

Salmerón constituía una de sus verdaderas obsesiones, y nunca le perdonó el decreto de piratería y el famoso 3 de Enero, con cuyo recuerdo le interrumpía siempre que el ilustre republicano hablaba en un meeting, asamblea o reunión pública.

Siempre en la brecha, con un fervor admirable, rayano en delirio por la República, intervino en la mayoría de los movimientos del partido republicano y conspiró incesantemente, abandonando todos los intereses más caros por servir la causa del pueblo.

Con él formaban triunvirato otros modestos republicanos, uno conocido por el Guerrillero, que también ha muerto, y un notable ebanista, Ambrosio Pérez, tan valeroso como prudente y sufrido.

En los sucesos del 19 de Septiembre en Madrid también intervino Villarana. Cuando regresó a Madrid el general Martínez Campos, fue con nosotros el verdadero autor de aquellos sucesos, aunque otros se atribuyeron la gloria de su iniciación y desarrollo; y todavía le recordamos energías frases excitando a la rebelión, y delante del cuartel de San Gil un gran apóstrofe dirigido a algunos soldados de la guardia real, a quienes gritó repetidas veces: Soldados: ¡Viva la República! Después ocurrieron muchas cosas, y por él y otros dos que nos acompañaban, conseguimos librarnos de las garras de dos guardias que pretendían detenerme.

Creo que fué en 1876. En un centro existente en la calle de Relatores, trabajábamos cierta organización que fué denunciada a la autoridad gubernativa por un republicano que se prodiga mucho, que ha sido diputado, que obtuvo un cargo importante en la época de la dominación republicana y que después ha figurado en la dirección del partido republicano y en una corporación importantísima. Se registraron nuestras casas, la mía la primera, suponiéndome el jefe del complot, y seguidamente la de Villarana, quien tenía en su casa treinta carabinas, cuyo destino ignore siempre, y algunos millones de cartuchos. Villarana vivía en un cuarto de la calle Aduana, y su menaje y mobiliario era verdaderamente pobre, en armonía con un modesto maestro sastre. Tenía su depósito guerrero en un arcon, donde su esposa había puesto o colocado dos ó tres días antes la poca loza que había en la casa. Llegó la policía, abrió la tapa y descubrió un paño con que se cubría la loza, y al ver esto, exclamó el jefe que le acompañaba: Aquí no hay nada. El contenido del arca es loza.—Esto nos salvó a todos.

Otros episodios referiré de la vida y privaciones del modesto republicano, si ya no resultasen demasiado extensos estos apuntes.

Hay quien entona himnos a los grandes: nos-

otros nos limitamos a hacer algunos apuntes de la vida de los hombres abnegados, de los modestos, de los que luchan y lo sacrifican todo por la causa de la República sin esperar siquiera la recompensa de la historia.

A. A.

Nota del día

Dos enamorados, hijos de Zaragoza, de la invitada villa cuyos hijos tienen fama de tenaces, y cuyos episodios históricos parecen decirnos que allí están reconcentrados la virilidad y el tesón de la España que fué, no pudiendo contraer matrimonio y unirse para siempre en vida, por ubedecir imposiciones familiares, decidieron unirse en muerte.

La barbaridad, como aragonesa, lo es de verdad, y tales y tan grandes serían los obstáculos que se le opusieran, que ni el hombre con sus arranques viriles, ni la mujer con su sentimiento persuasivo, pudieron vencerlos.

Y quiero creer, además, que esos dos seres que eran privilegiados, de esos seres sentimentales que no estiman las cosas de este mundo como son, sino como quieren que sean.

Esto es: el honor, la honra, se empañan con el aliento, como el cristal, y antes que empañarlos, ¡morir!

La naturaleza de ambos estaba constituida para penetrarse, para fundirse, para abstraharse en el ardoroso fuego pasional, pero como de eso no entendía la sociedad que hace todo lo contrario, los separaba mediante las requisitorias de no ha lugar a desobedecer el reglamento que nosotros—la sociedad—hemos hecho; lo prohibe en sus artículos de conveniencia: honor, honra é intereses... y demás, que son los comentarios.

Los dos enamorados, después de larga ó de corta discusión, acordaron someterse a las reglas sociales por un lado, por el de no contraer matrimonio, matando el placer material y el espiritual; y por el otro lado, burlarse de la sociedad: ni ella ni él serían para nadie. Para la madre Tierra los dos.

Y concertaron ese duelo estúpido que consiste en que el hombre le dispare un tiro a la mujer que ama, y luego que la vea caer yerta, con el corazón amante hecho pedazos, matarse él con la mayor tranquilidad, sin llevarse siquiera para la otra vida el purísimo vah de aquel aliento femenino, estampando un beso en la boca del sér querido.

Así sucedió. Ella cayó, cayó honrada y sin vida sobre el campo.

Peró al ir a matarse él... falló el tiro.

¡A veces, hasta las armas de fuego tienen corazón y son humanas!

El no debía de morir por bruto.

Cobarde ante el crimen como fué cobarde ante el amor, huyó tembloroso y desamporido y fué a presentarse al juez como un tatero.

Si se hubiera quedado allí, de rodillas ante el cuerpo muerto de la mujer amada, rociándolo con sus lágrimas de hombre cobarde ó alicinado, pero amante, merecería compasión.

Peró huir para vivir en presidio como un ladrón y no poder relatar su delito, porque hasta los presidiarios le escupirán al rostro... ¡oh! eso es indigno y cruel.

Eso es lo que merece quien no sabe erguirse ante la sociedad tirana é hipócrita que condena en la persona ajena lo que autoriza y ejecuta con la propia.

J. RODRIGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

En Guadalajara y por los alrededores de Madrid ha habido, ó ha caído, una lluvia de piedras más duras que la cabeza del Duque de Tetuán.

Lo mismo que en Madrid, ó en sus alrededores, ha sucedido en Ecija, donde todos los olivares, en su extensa zona, han sido desno-

chados, y los molinos de aceite han quedado inútiles.

De Guadalajara no sé si tiene patrón en el cielo que abogue por ella.

Peró de Ecija sí lo sé. Ecija tiene patrón y patrona; pero que conste que no es matrimonio.

El patrono es San Pablo, aquel tío de cejas pobladas, bajo de cuerpo, rechoncho y charlatán como un vendedor de castañas, enemigo acérrimo de San Pedro, a quien puso como un trapo siempre que pudo.

La patrona es la Virgen del Valle, buena moza como ecijana, de ojos dulces—quiero decir de mirada dulce—y muy afable y sonriente.

Ni Pablo por ser Pablo, ni la Virgen del Valle por ser Virgen, han hecho nada por su tierra.

Para ser de pavor enteros han sido muertos por el pedrisco, y multitud de infelices trabajadores han ido a la ciudad con la cabeza abierta a decirle a su respetivo cura párroco:

—Padre: ¿No decía usted que del cielo nos vienen las bendiciones? [Pues éstas pasan del kilo de reglamento!]

Coincide la lluvia de piedras celestiales con la lluvia de barbas melancólicas que han engrentado las calles de Barcelona.

Barcelona también creo que le reza y le tiene encargado sus asuntos en el cielo a Nuestra Señora de las Mercedes, que les está haciendo la singular merced de tenerlos como si estuvieran sitiados por los ejércitos de Jerges: en visperas de ser fusilados si estornudan en medio de la calle.

Tampoco los catalanes han podido obtener sino perjucios manifestos, apesar de su devoción y su cardenal Casañas, quien se prepara a marchar a Roma a darle gracias al Vicario de Zaraus, digo, de Jesucristo, por los inmensos beneficios que obtiene España por ser católica a machaca espínola.

Gracias a la Divina Providencia, sin cuyo permiso no se mena la hoja en el árbol ni sale la bala del fusil, nuestras instituciones monárquicas no han sufrido ninguna accidente que no estuviera previsto.

Se han paseado en los heroicos barcos de nuestra marina de guerra; los grandes estampidos de los cañones que no tuvieron pólvora en ocasiones solemosimas han retumbado en las inmensas soledades del mar Cantábrico cantando sus grandezas—las de las instituciones.—Los pueblos enteros se han arrodillado a su presencia antes de cobrar por su trabajo; los vivos ensordecedores han acallado los lamentos de tantas madres desoladas, quienes todavía conservan las tristezas del bien perdido, del hijo amado a quien vieron salir y no han visto volver por haber muerto en defensa de su patria—¡de su patria!—y a fin de mes, como es consiguiente, hablo de las instituciones—cobraron su cuenta majestática en oro y sin descuento.

Que quiero decir: Bueno que nosotros, los súbditos por la tanta baja y por la maota alta, padezcamos las tristezas é inconvenientes de la vida, como siervos y estúpidos que somos.

Peró... demos gracias al Santísimo Verbo porque estas miserias y amarguras no llegan allá, allá a las alturas en donde nuestras venas raras instituciones monárquicas tienen su asiento glorioso, importante siete millones de pesetas por la parte más corta.

Varios ríos se han salido de su casa y de mamá, y varios rayos del cielo han querido destruir cuatro iglesias muy viejitas que estaban pidiendo ya miles de pesetas del presupuesto nacional.

Pocas víctimas ha habido, y en nada pueden turbar esta vida santa y buena que nos da tranquilidad.

Moret está satisféchísimo con el curso que llevan las cosas gubernamentales.

Porque están de curso... Confía su excelencia honradísima, aunque hipotecada, en que llegará hasta Diciembre dentro del ministerio en que ejerce sus funciones de primer ministro.

¡Dios lo haga, Sagasta no se cansé y doña Maña no los eche!

Referé Eusebio Blasco en uno de sus artículos de centenas.

¿Decentes dice usted? Sí; porque algunos son indecentes, socialista y ca óicamente hablando.

Pues bien, referé que el célebre médico Bothine escribía a un su amigo, médico también:

«Ejecute los actos profesionales como quien

tira de una carreta, prescribiendo una infinidad de medicamentos que no sirven de nada. Tengo muchos enfermos a que atender y comienzo a adquirir la triste convicción de que nuestra terapéutica es ineficaz... Es raro que después de visitar a un cliente no le sea mi ánimo presa de hondo disgusto, y me pregunto: ¿Tengo derecho a hacerme pagar por estas pobres gentes?»

Si se yo Eusebio Blasco, y sin haber leído a Bothine, he oído decir muchas veces al doctor Pizjuan, paisano y amigo mío:

—La medicina es una mentira asquerosa, es un engaño manifiesto. No quiero que me llamen a ver a un enfermo, porque la gente está tan acostumbrada al engaño, que cuando un médico no receta una de esas porquerías de botica que nada resuelven sino el contentar a la estupidez humana, hablan mal de él... Las más de las veces he curado a mis enfermos, a despecho de sus deudos, sin potingues, de ninguna clase; y cuando aquéllos se convencían, y habían visto que la naturaleza obraba mejor sin bréjajes que con ellos, y nos veían salir, al enfermo de sus dolencias y a mí de su lado, mirábanme como un sér extraordinario... Y no tengo de extraordinario más que mi profundo amor a la naturaleza, a la que estudio viva, a la que estudio muerta, si puede llamarse así lo que eternamente se des envuelve y se agita tomando diferentes formas... Nosotros podemos prevenir, podemos ayudar: curar, no.

Comparando estos juicios del eminente doctor sevillano con esas miles de rapsonías que barajo en mi imaginación como fruto de largos estudios, las encuentro ajustadas precisamente a las palabras que dijo a sus discípulos un célebre doctor alemán al morir:

—Me voy de este mundo dejando en él las dos únicas medicinas que existen: la dieta y el agua de río.

Dicen desde Londres:

«Si España se adhiriere al último acuerdo franco-italiano, nuestra situación empeoraría notablemente, por cuyo motivo debemos estar a la mira de las cortesías que se cambian entre Madrid y París.»

Te veo, basugo inglés. Te vendrás hacia acá.

Por si acaso, y tan tragado me lo tengo, voy a comenzar a aprender el ladrillo inglés.

Para entenderme con ellos cuando vengan.

Ya se ha publicado una nota que contiene las reformas que nuestro Gobierno pedía al Vaticano.

Acerca de ellas dice uno que lo entiende lo siguiente:

«Se rebaja el número de canongías; pero no se disminuye un céntimo de los enormes sueldos de los obispos y de la Rota, ni se favorece en nada al pobre clero inferior; los favorecidos son los frailes, que serán todos legales, y aun esto se hace malamente, porque suprimir toda comunidad cuyos individuos no lleguen a trece, es suprimir todas las de filipenses que rara vez pasan de siete, y muchas de monjas concordadas. ¿Y esos trece son profesos ó se cuentan los novicios? En los profesos se incluyen los de votos simples? Nada se dice, nada, sabe seguramente de esas cosas el autor de las bases, cuya ignorancia es tanta, que ha creído hacer una gran cosa, estableciendo que podrá el gobierno suprimir las comunidades no concordadas. ¡Infeliz! Ignoraba que el gobierno, según las leyes vigentes que el Concordato no anulaba, y según el mismo derecho canónico, puede suprimir hasta las órdenes concordadas sin dar cuenta a nadie.»

Peró... como hay que darle cuenta a la que aquí parte el bacalao católico, y esa no quiere, no hay más remedio que hociocar.

Para echar a los frailes, hay que echarla a ella también.

Y eso... ya lo harán los ingleses cuando vengan.

Porque nosotros no lo hacemos.

[Nos faltan calzones!]

CARRASQUILLA

Rumores de alianza

La inesperada presencia en Madrid del señor León y Castillo, embajador de España en París, ha reanimado la vida política, adormecida por el verano; y tanto en la prensa como en los círculos donde se política, se hacen los comentarios más contradictorios sobre tal viaje.

La opinión de los más, es que éste obedece a un principio de alianza política entre Francia y España. La entrevista en París de la madre de Alfonso XIII con el presidente Loubet, la presencia de Caserta en las maniobras del ejército francés, y ciertas muestras de simpatía de

las instituciones españolas á lo que la República vecina tiene de más tradicional, ó sea su espíritu militarista y su afición á las aventuras internacionales, hacen creer que no es una fantasía desprovista de fundamento la sospecha de que León y Castillo, para hacer famoso su paso por la embajada, trata de realizar una alianza franco-española.

¡Unirnos con Francia!... Eshorabuena, siempre que esta alianza se base en intereses morales y económicos. Así como en la vida vulgar el sér ignorante y débil gana poniéndose en contacto con el ilustrado y fuerte, nada perdería España estando en fraternal contacto con la vecina República, que es algo así como la Grecia de los tiempos modernos. Aunque no lográsemos otra cosa que avergonzarnos de nuestra ignorancia ante el ejemplo de la aliada, y que aumentasen nuestros gobiernos los medios de enseñanza, algo beneficioso nos proporcionaría dicha unión.

Además, en el orden económico grandes ventajas podría reportarnos la alianza francesa, favoreciendo con especiales concesiones la entrada de nuestros productos en los vecinos mercados, que hasta ahora resultan inabordable por el proteccionismo de Méline.

Pero hasta aquí la alianza.

Francia tiene dos caras como el antiguo Japón, y en esta dualidad residen las causas de su malestar y de las excitaciones que la conmueven continuamente.

Existe una Francia republicana: la Francia del trabajo y de la democracia, la de los grandes pensadores y los artistas universales, que ansía la paz y desea la supremacía universal de su patria por la fuerza del pensamiento y el imperio de la razón. ¡Louda sea esa Francia si quiere recibirnos bajo su manto, comunicándonos fraternalmente algo de su fuerza y su sabiduría! Pero hay otra Francia: la patriótica, la de las aspiraciones internacionales, la que sueña con buscarle camorra á todo el universo, como en tiempos de Napoleón, y cifra la grandeza nacional en apoderarse de más y más pedazos de tierra para plantar en ellos la bandera tricolor: la Francia, en una palabra, que apedrea á Zola y glorifica á Mercier, jesuita con entorchados. Ir con ella es marchar á la ruina, al sacrificio, tal vez al engaño como final, y nosotros no estamos para aventuras ni para que nos tomen el pelo en empresas internacionales, como viene ocurriendo desde fines del siglo XVII.

Una alianza política y militar con Francia no nos crearía conflictos en Europa. La vecina República, apesar de las maldiciones en verso de Deroulede y demás poetas dedicados á la patriotería de exportación, no está para buscar querrela á Alemania ó la Gran Bretaña. La famosa *revancha* y la reconquista de Alsacia y Lorena han pasado al brumoso término de vagas leyendas para las nuevas generaciones. Pero la Francia belicosa que guarda en pleno régimen democrático sus aficiones del Imperio, ya que no puede desahogar su furia guerrera en el continente, busca nuevas conquistas en los países semicivilizados, para dar ocupación á su inmenso ejército, y que adquirieran cartel su numeroso Estado Mayor de generales, futuros héroes, y que hoy por hoy no son mas que vulgares *paperistas*.

El territorio de Marruecos hace años que tienta la codicia francesa. Francia necesita llegar hasta él, no por su frontera argelina, sino más directamente, y nuestras posesiones en la costa marroquí son puntos magníficos para una invasión.

Si tales fuesen los fines de la alianza, resultaría fatal para España.

—Nuestro porvenir está en Marruecos—han dicho muchas veces nuestros escritores patriotas.

¿Qué porvenir?... ¿Qué podemos llevar nosotros á Marruecos?... ¡Tan intensa es nuestra vida nacional que necesita desbordarse fecundando países poco civilizados!

Cuando Italia estaba empeñada en la triste expedición de Abisinia, un diputado radical, el ingenioso Imbriani, hizo un paralelo entre las aldeas de Abisinia y los míseros y atrasados pueblos de muchas regiones de Italia, demostrando que dentro de la misma patria era donde había que colonizar.

Peor que Italia está España. Muchas de nuestras provincias, por sus costumbres, su abandono y su carencia de medios de vida, son iguales á Marruecos, y la escasa fuerza de expansión de que podamos disponer, debemos dedicarla á la tarea de civilizarnos dentro de casa.

Además, ¿qué íbamos á ganar sirviendo de puente á Francia en sus asuntos africanos?

Siempre los pueblos débiles é ignorantes, en las alianzas con los poderosos, hacen el papel del último mono. Si algo les dan, es algún hueso.

Acordémonos del famoso regalo del Muni, que, según se ve ahora, fué una especie de cebo para preparar una alianza posible.

El gobierno español hizo los mayores extremos de agradecimiento ante la generosidad de Francia. La vecina República, sin excitaciones de ninguna clase, por pura galantería, nos regalaba un territorio virgen en Africa, lleno de riquezas naturales, de minas, etc., poblado por gentes dulces como ángeles.

¡Ah! es nada! ¡Casi lo suficiente para resarcirnos de la pérdida de las Antillas y las Filipinas!

A León y Castillo le nombraron marqués de Río Muni; se habló de que todavía éramos *alguen*, se hicieron planes inmensos de colonización y después...

Después ha resultado que el Muni es un harapo que desechó Francia no sabiendo qué hacer de él, y en nuestra flamante posesión colonial no hemos hecho otra cosa digna de mención que dar de comer á los nuevos súbditos con taparrabos, pues los vecinos del Muni se almorzaron unos cuantos soldados españoles.

BLASCO IBÁÑEZ.

LA PATRIA

Hace cosa de medio siglo lamentábase amargamente Thiers, en su conocido libro acerca de la propiedad, del espíritu excéptico y crítico que llama hoy á juicio y obliga á justificación aún á aquellas instituciones que en todos tiempos pasaron por indiscutibles.

El hecho de que se diera el gran doctrinario francés es acaso la característica más acentuada de nuestra edad. El imperio de los axiomas, de los postulados, de los absolutos, ha pasado para siempre.

La humanidad civilizada, al sustituir en todas las esferas de la vida la reflexión al instinto, realiza una revisión completa de todas las esferas, no disputando por legítimas sino aquellas que puede aprobar la razón. La revolución, en su esencia, no ha consistido en otra cosa.

No fué sólo religioso el dogmatismo; lo hubo moral, social, político, jurídico, científico, pedagógico, artístico y literario. Toda esa construcción aparatosa, sometida á rectificación, se va desmoronando á nuestra vista á los golpes de la consabida piqueta revolucionaria. Los derechos imprescriptibles del monarca no han tenido mejor suerte que la fuerza catalítica. La preceptiva de Quatanao no ha sido más respetada que la de B. Sussuet. Hipócrates y las Pandectas han corrido la misma suerte. Leyes, instituciones, costumbres, doctrinas, aforismos, todo ha sido puesto en tela de juicio. Donde quiera la autoridad, antes soberana, rinde á la razón vasallaje. Se puede abominar del fenómeno: no desconocerle. Cabe dar coces contra el aguijón, pero siempre á expensas del asno.

La noción de la patria no ha podido sustraerse á esta ley. También ella necesita hoy justificarse. Elevada de sentimiento á dogma, imperó varios siglos como un postulado absoluto del pensamiento y la conducta. Buena ó mala, tuerta ó derecha, era patria, y á ese título, indiscutible. Hoy no. A los ojos de la razón en tanto es tenida la patria por auténtica, en cuanto sirve de órgano adecuado para el logro del destino humano.

Esta exigencia impone á toda colectividad nacional la necesidad de una doble justificación. Necesita cada nación justificar su existencia entre las demás naciones. Es una condición que nace del principio de la solidaridad que las constituye á todas ellas en cooperadores de una labor común.

En la antigüedad, cada nación, considerada como un todo cerrado, no se vela, ni se comprendía más que á sí misma. Cuando, con la aparición de una religión cosmopolita, surgió el primer vínculo internacional, la fe constituyó el criterio para la legitimidad de las naciones, divididas conforme á él, en creyentes é infieles. Hoy ese criterio es la civilización. Según el derecho de gentes moderno, no merecen vivir vida independiente sino aquellos pueblos que coadyuvan activamente á la obra de todos.

Bélgica, Holanda, Suiza, ven respetada su personalidad por sus poderosos vecinos; pero sólo los reuelos y las rivalidades de la codicia mantienen en pie los carcomidos restos del imperio mogrevino y de la Puerta Osmana. Para ser hoy nación es preciso merecer serlo. La que se obstina en contravenir las leyes del progreso y hacer excepción en el movimiento del mundo culto, será rápidamente eliminada de la vida.

La nación necesita también, por extraordinario que ello parezca, justificarse á los ojos de sus propios súbditos. La identificación entre

la patria y la madre no pasa de ser una figura retórica.

Da la naturaleza la madre; á la patria la hace la historia. Desde que la razón individual pretendió indagar los fundamentos de toda humana sociedad y determinar su fin, implícitamente se afirmó que una colectividad cualquiera, asociación libre, nación, familia, estado, en tanto sólo es legítima en cuanto cumple su destino, y deja de serlo si lo infringe.

A los ojos de los modernos teóricos del derecho, la sumisión del individuo á la nación constituye una especie de cuasi contrato, efecto de la voluntad presunta del que persiste en vivir en la patria donde naciera.

¡Cuán lejano este sentido del de aquellos que pretenden atribuir á la sociedad toda legitimidad y todo derecho, rehusándolos al individuo!

No, no son bizkaitarras y catalanistas los que constituyen el verdadero peligro para la integridad nacional. Las excentricidades de esos seres estrafalarios harían reír sin merecer ser consideradas como síntoma de grave dolencia. El peligro está en otra parte. Está en los fanáticos que, introduciendo la discordia en las conciencias, dividen á los españoles, más con el criterio de sus pasiones que con el de su fe en santos y réprobos. Está en los secuaces del ultramontanismo, que ponen la independencia nacional á merced de un poder exótico. Está en los obstinados secretarios de un pasado bárbaro que eternamente amenazan con la guerra civil. Está en los falsarios políticos que impiden que la nación tenga voluntad, cohibiéndola y falsificándola. Está en los gobernantes ciegos que, tras haber originado el desastre nacional, nada han aprendido en la dolorosa experiencia. Está en los egoístas directores que perseveran en su intento criminal de hacer del Estado un asilo benéfico donde albergar la holganza y los vicios de una inútil y corrompida burguesía. Está en los oligarcas que hacen de la nación su patrimonio. Está en los poderosos que erigen al favor en criterio supremo de lo justo y de lo injusto. Está en los ricos que emplean su fortuna en fomentar la superstición. Está en los cultos que reniegan en público de sus creencias, para rendir homenaje á las preocupaciones imperantes. Está en los privilegiados que por ninguna razón se avienen á renunciar sus privilegios. Está en los hacendistas insensatos que creen posible la vida del Estado haciéndose imposible al pueblo. Está en la masa informe de esa plebe desventurada, indiferente á su derecho, inconsciente de su interés, idólatra de sus verdugos, educada secularmente para la servidumbre y apta para soportarlo todo.

Todos esos perderán á España. Porque, sean cuales fueren las declamaciones del retoricismo parlamentario y tribunicio, no cabe hoy en lo posible que siga subsistiendo una nación sin justicia, sin paz, sin cultura, sin pan, esclava de todas las supersticiones, enemiga de la civilización y divorciada con el siglo. Nadie puede predecir por dónde el desastre vendrá; pero, si el mal no se remedia, inexorablemente habrá de cumplirse la ley que ordena que lo vivo subsista á expensas de lo muerto.

ALFREDO CALDERÓN.

De actualidad

Dicen de Barcelona que en la carretera de Vilasar despechóse una tartana, resultando cinco heridos graves.

A consecuencia de una erupción volcánica, ha desaparecido la isla de Bermuda (Golfo de Méjico).

Cherburgo.—A bordo del acorazado *Jules Ferry*, que se construye ahora, ha habido explosión en una máquina de aire comprimido. Cinco obreros gravísimos.

Barcelona.—Están en huelga los albañiles, que piden aumento de salario.

A los grupos que coaccionan las obras, disuélvelos la benemerita.

La ciudad de Bolívar (Argentina), la ha destruido un ciclón, resultando 14 muertos y 50 heridos.

Los indígenas de Mindanao atacaron á los americanos, causándoles bajas.

Zaragoza.—Marchó á Calatayud un tren especial conduciendo al gobernador, ingenieros, fuerzas de la benemerita y Cruz Roja, con auxilios.

La inundación alcanza á siete pueblos. Calatayud está anegado totalmente. Los vecinos sitúanse en los tejados.

La corriente arrastra enseres, árboles y cañerías.

El telégrafo está cortado.

La inundación supera á la de 1895.

De San Sebastián telegrafian que el general Matta entregó á la reina la bandera de a bordo para los 25 murus de la Escuela Naval.

La reina encargara al comandante de uno de los buques de guerra que la entregue.

Almodóvar celebró durante dos horas entrevista con el rey y le informó de los acuerdos del Consejo de alocbe, dejando varios decretos de Hacienda que se firmarán mañana.

Los comandantes del *Pelayo*, *Molina* y *Zemmerario* almorzaron en Miramar.

Zaragoza.—Desbordáronse el Jalón, Piedra, Ebro y Manubles, inundando las vegas.

Calatayud.—Hundióse el puente sobre el Jalón, aislando á la población en extenso trecho.

Ateca.—En las calles hay tres metros de agua inundando las casas.

Algunas amenazan ruina.

Están perdidas las cosechas.

Un tren especial que conducía á 2.000 personas para la corrida de toros de Calatayud, está detenido.

Los caballos de la corrida ahogáronse en los corrales.

Zaragoza.—En las afueras ha sido asesinado un capitán de la benemerita retirado.

Acompañábase un guardia.

Este ha sido detenido y ha declarado que vió á los asesinos, los cuales huyeron.

Sospéchase del guardia.

Roma.—En el parque militar de Tivoli ha habido explosión tres cilindros de gas: calorice soldados heridos, la mayoría graves.

Manresa.—En la estación chocaron un tren de mercancías y el mixto, resultando cuatro viajeros y tres operarios heridos, algunos graves.

En Oloron (Francia) ha fallecido el distinguido autor dramático español, don Enrique Gaspar.

Sacedón (Guadalajara), está inundado, llegando el agua á cuatro metros de altura.

Las carreteras están cortadas y la población á oscuras.

Muchas familias quedan en la miseria.

En Ferrol fondeó la *Nautilus*.

La travesía fué penosa: escasearon los víveres á causa del retraso.

París.—Verificóse la revista final de las maniobras en honor del príncipe de Asturias.

Acompañado de los generales André y Brugere, recorrió la línea de seis kilómetros de extensión.

Las músicas tocaron la Marsellesa y la Marcha Real.

Soria.—La benemerita ha traído detenidos al Alcalde, un teniente de alcalde, 24 hombres más y tres mujeres, como promovedores de los desórdenes de Terdalemente.

El vecindario protestó gritando contra la benemerita.

En Morón de Almazán ha habido tormenta é inundaciones.

Destrozada la carretera y vía férrea: trenes detenidos.

Las aguas llevarónse un pontón, aislando al pueblo.

La *Gaceta* de mañana publicará decretos reorganizando el ministerio de Agricultura y las Juntas provinciales de primera enseñanza.

En la conferencia de mañana entre Veragua y el rey se decidirá el destino del *Pelayo*.

Villaverde pasó por San Sebastián con dirección á Madrid.

Conferenciaron Bauer y Rodríguez, mostrándose reservados.

La luna de miel

Una revista inglesa, el *Lady's Realm*, sin duda para llamar la atención de sus lectoras y sus lectores, que pueden ser distinguidos, pero no muy numerosos, ha tenido la idea de abrir en sus columnas una controversia acerca de la conveniencia ó de los peligros de la luna de miel, decidiéndose por su parte, en el artículo con que inaugura la discusión, por la supresión de esos días que, generalmente, se cuentan entre los mejores de la vida de todos los casados, ya que, siquiera por una temporada, cambian el curso habitual de la vida y de las ocupaciones de aquellos, que de sus ventajas disfrutan y realizan, aun cuando sea por breve tiempo, algo del ideal que alienta en todos los humanos corazones, y que, aun cuando no se realiza por completo, hace por lo menos tolerable la vida.

Las colaboradoras del *Lady's Realm* no se han contentado con defender ó atacar á la luna de miel.